

VII

La coincidencia en el arribo á Buenos Aires de dos gloriosos escritores, de tan opuesto carácter y tendencias, como Anatole France y Blasco Ibáñez, es comidilla en círculos literarios, donde se discute en pro y en contra del efecto que cada uno podrá lograr con sus anunciadas conferencias.

Cuentan, los mantenedores por el gallo francés, con el «snobismo» porteño, tan afecto á cuanto proceda de París, sean figurines de modisto, sean figurines de literatura. Confiamos, los que ponemos por el nuestro, fuera de méritos, que no es ocasión de parangonar, con la indudable supremacía que la literatura española va logrando en aquellas tierras, lenta, pero seguramente con el mayor entusiasmo que aportará nuestro Blasco Ibáñez, y el mayor conocimiento del terreno que pisa, con el espíritu español, más efusivo que el francés para entregarse al extranjero; no digamos á lo que nosotros no podemos llamar extranjero, por ser tan

nuestro, hasta en eso de haberse entregado al francés incautamente.

Anatole France irá, de seguro, muy poseído de su superioridad, que es la superioridad francesa; más dispuesto á ser admirado que á admirarse; irá con la misma displicencia que los grandes actores franceses en sus «tournée» por América, que suelen presentarse con lo más ramplón de su repertorio y de su equipaje; muy convencidos de que les basta con su nombre de París, para ser aplaudidos. A esto se debe algunos fracasos muy sonados y el que hoy sean preferidas las compañías españolas é italianas.

Yo deseo un viaje triunfal á Blasco Ibáñez, y desde ahora me atrevo á pronosticar que lo será seguramente; sin desconocer que para Anatole France serán los mayores éxtasis de los exquisitos. Lo mejor que pueden desear los argentinos es que el sutil ironista francés quede tan satisfecho de su viaje, que pretenda volver por allá, más tarde ó más temprano; porque si no entra en sus planes el volver... ¡ya pueden prepararse para leer lo que escriba de ellos á su regreso! De menos hizo Dios á Juana de Arco.

* * *

Á la distinguida señora que me escribe, indignada por algunas apreciaciones mías referentes á los padres españoles, recomiendo para mi disculpa y su consuelo, la lectura de un libro recientemente publicado en Francia: «La educación en la familia», por Thomas.

Dice el autor: «Al tratar de la educación, y en particular de la educación de los hijos en la familia burguesa, procuramos destacar los pecados de los padres, persuadidos de que de ellos proviene la mayor parte de los males que afligen á la sociedad. La tarea es ingrata, porque pocas veces agradecemos las censuras.

¡Cuánto más agradable sería exaltar los méritos del padre y el de la madre; disculpar sus errores y sus preocupaciones y cultivar con engaños discretos sus ilusiones! Tarea ingrata por su misma vulgaridad. ¿No se ha dicho ya todo sobre este asunto y no llegamos demasiado tarde? Todo se ha dicho, pero ya que parece que no se ha oído, ¿haremos mal en decirlo otra vez? Es conveniente, dijo Voltaire, despertar á menudo la conciencia de las modistas y la de los reyes con una moral que puede causarles impresión. Lo mismo puede decirse de la conciencia de los padres.»

Como vé mi ofendida comunicante, también en Francia hay padres descuidados, y lo mismo podría decirse de todo el mundo, y si el autor francés particulariza, como yo, por mi parte, es porque, además de que cada uno habla de la feria según le va en ella, es natural que cada uno hable de la feria que mejor conoce.

No es que yo no haya conocido excelentes y admirables madres é inteligentísimos padres. Tal vez por haber conocido lo mejor, soy más exigente con lo mediano y con lo malo.

Y si sólo á la salud física atendemos, ya no soy yo, es la estadística implacable la que acusa á los padres españoles. Y nos quejamos de Madrid, pero ¡cuando ve uno de cerca pueblos y aldeas!... Diga mi amable, aunque airada comunicante, que, al juzgar por sí misma, pretende igualar á todas las madres españolas: ¡no vió nunca en aperturas y bullangas callejeras, en teatros y hasta en tendido de sol en los toros mujeres con niños de muy corta edad, de pecho, en los brazos, y no sintió indignación muy justificada? ¡Es por exceso de cariño, es por lo que puedan gozar los angelitos á esa edad con el espectáculo? ¡Que son pobres mujeres sin ilustración? No siempre; que también

en la clase media y en las más elevadas se cometen á diario, como esos conatos de infanticidio, que alguna vez llega á consumación y entonces es el acudir á los santos, porque al médico también suele acudir tarde.

De la educación en su parte moral no hablemos, y vuelvo á recomendar el supradicho libro; pero ¿quién no ha presenciado, aun en familias muy distinguidas, discusiones violentas entre marido y mujer, en presencia de los hijos? ¿Quién no conoce padres de esos que tienen por sistema desautorizarse mutuamente ante los hijos, por ridícula competencia de cariño y basta que el uno reprenda para que el otro disculpe y viceversa; de modo que los hijos, dueños de la situación, acaban por provocar á cada paso estas disidencias paternas, sabiendo que al cabo siempre han de resultar gananciosos?

De otros muchos errores y torpezas, no menos graves por ser hijas del cariño, todos podemos catalogar por observación personal, un buen número.

No vale, pues, ofenderse, señora mía. Los ejemplos hay que buscarlos en singular; las razones en plural. Yo sé de algunos admirables

ejemplos de padres y de madres; pero tengo muchas razones para hablar como he hablado de las madres y de los padres. Por algo soy hijo de quien mereció el nombre de «Médico de los niños», y más que contra las enfermedades tuvo que luchar en su vida profesional con la ignorancia de muchas madres y de muchos padres. Recuerdo haberle oído decir á una madre que no sabía cómo expresar su agradecimiento, por creer que le había salvado la vida de su hijo, enfermo de difteria, entonces de más complicada y difícil curación que ahora. —No tiene usted que agradecerme nada. Su hijo se ha salvado por bien educado. No he visto niño más dócil para dejarse curar.

Ya ven los padres cuánto importa una buena educación, hasta para las enfermedades de sus hijos.

* * *

Algernon Carlos Swinburne era, con Jorge Meredith, el único gran poeta inglés viviente; últimos los dos de aquella serie de grandes poetas ingleses del siglo XIX, que empezó con Byron, Wordsworth, Shelley y Keats, para

continuar con Tennyson, Browning, Rossetti, Morris y el que, aunque menor, no menos «*Thou the last not least*», como Cordelia; entre todos pudo brillar y con los mayores competir.

Sus principios poéticos, de una escabrosidad que la Inglaterra oficial no pudo perdonarle nunca, impidieron que, á la muerte de Tennyson —que tan bien supo guardar todas las formas poéticas y sociales, — fuera Swinburne nombrado poeta de cámara; que no otra cosa viene á ser el título de «laureado poeta», concedido en Inglaterra.

Como Shelley, como Byron, ¡qué ingleses en esto! pretendió ser un revolucionario social, sin conseguir ser más que un admirable poeta. Nunca el verso inglés, tan perfecto desde sus orígenes, con Spencer, con Shakespeare, con Milton, alcanzó la fluidez, la variedad, la armonía de las estrofas de Swinburne, de imposible traducción á otro idioma. ¿Cómo ni á qué lenguaje se traduce una sonata, una sinfonía de Beethoven?

Fué el cantor de los mares y lo fué también de los niños, y al morir, si no el aura popular de los contemporáneos, pudo sentir sobre su

frente el viento de los mares; el viento que él
supo cantar y de quien él dijo cómo sentía:

«The delight that his doom is for ever
To seek and desire and rejoice.
And the sense that eternity never
Shall silence his voice.»



VIII

Cuando surge el héroe popular, ya sea héroe de un día, ya de los que dan nombre y gloria á toda una época, criminal ó santo, víctima ó triunfador, no importa estudiar la persona del héroe tanto como las circunstancias, el ambiente social de que fué producto. Héroes causa hay muy pocos; la mayor parte son héroes efecto.

El héroe de estos días estaba en el ambiente; en las conversaciones familiares, en las tertulias de café, en las discusiones técnicas, en los bastidores de la política. Murmuración que apunta á ciegas, acusaciones injustas tal vez al particularizar, pero ¡qué lógicas al ser castigo, aunque no castiguen la verdadera falta!

Y la falta no es de ahora, la falta es de origen; estuvo en aquella memorable sesión, no lejana, que hizo vibrar las fibras más hondas del patriotismo de aquellos, todo superficie, que lo echan todo en flores más que en raíces.

Así se hubiera encargado de la construcción

de la escuadra un gobierno de ángeles y los barcos hubieran caído del cielo á punto de navegar por esos mares, la voz popular hubiera tenido siempre que poner tilde en ellos, desconfiada del divino milagro.

¿Por qué? Porque el país aun tiene la ropa en la orilla, tendida á secar, como dijo el poeta; porque la herida aún no está cicatrizada; porque quien una vez fué engañado en su confianza, tarda mucho en volver á confiar, y acaso exagera su malicia por temor á caer otra vez en confiado; porque el país sabe que dos ni cuatro barcos no son una escuadra; porque había otras cosas más urgentes que recomponer, y á ellas debió atenderse con preferencia, y la prisa en nuestros directores por atender antes que todo á lo que el país no consideraba tan apremiante hizo que el país desconfiara desde un principio. Aquí hay negocio, se dijo. No lo habrá, no debe haberlo, la intención y los hechos serán los más puros del mundo, pero los errores se pagan como las culpas, y la acusación, las murmuraciones, la calumnia quizás, si son injustas al señalar culpables, son justicieras al castigar la culpa. No es hoy, fué el día de la memorable sesión, cuando alguien debió levantarse y acu-

sar muy alto. Aquel día fué cuando se engañó al país, y eso es lo que el país no ha perdonado, y acusando hoy sin pruebas, queremos creerlo, sin acertar en sus acusaciones, acusa con justicia.

* * *

La gente anda por las calles como de costumbre; unos á sus ocupaciones, otros á sus ocios, nadie piensa en asonadas ni en revoluciones; la mayor parte de las calles tienen piso de asfalto y las barricadas no son posibles sin adoquines.

Pero, ante el alarde de fuerzas, el ir y venir de la policía, los preparativos bélicos de enarenar las calles, la gente se detuvo curiosa, los curiosos aumentan, se empieza á temer algo. ¿Qué va á pasar aquí? Los comerciantes se alarman, entornan sus puertas y resguardan sus vidrieras; la circulación de coches se dificulta, los guardias pretenden despejar la calle, se discute, se protesta; un guardia, malhumorado por el exceso de horas de servicio, increpa al más pacífico curioso, que al verse increpado tan á destiempo se insolenta con el guardia; un grupo toma partido por el transeunte, increpa

á su vez al guardia, otros guardias intervienen á favor de su compañero, salen los sables, gritos, carreras, atropellos.

Al otro día el gobierno anuncia en nota oficiosa que no está dispuesto á consentir que nadie altere el orden público con ningún pretexto, y que tomará las más rigurosas medidas, y vuelve á desplegar gran aparato bélico y vuelven los curiosos á curiosear, y vuelve á repetirse la misma escena. Y yo pienso: ¿Quién altera el orden? Si la gente no viera guardias, ni arena, ni parejas de la Guardia civil... ¿con quién discutiría? ¿Por qué se formarían grupos á ver lo que pasaba? Y ¿qué pasaría? Probablemente, que la gente iría tranquilamente por las calles, como de costumbre, unos á sus ocupaciones, otros á sus ocios. Si cuando uno no quiere, dos no riñen, ¿qué será cuando, aunque uno quiera reñir, no tiene con quién? Pues en este procedimiento tan sencillo, todavía no ha caído ningún gobierno, y esta medida de sentido común es la única que no se le ocurre tomar para que nadie, con ningún pretexto pueda alterar el orden público. Y, el orden público no se alteraría si los del orden público no se alteraran tanto.

Los detenidos ingresan por docenas en la cárcel. Si la detención se prolonga, mal principio van á tener las primeras elecciones con voto obligatorio, y si antes de ese día les dan suelta... votos seguros para la candidatura ministerial, ó no hay gratitud en el mundo.



CAPILLA ALTA...

IX

Basta que el señor obispo de Orense lo afirme, para creer que el baldaquino famoso, amenazando ruina, el peor día, se hubiera desprendido sobre los devotos y causado mayor número de víctimas que las ocasionadas ahora por unos disparos de fusil, de más inminente efecto que el baldaquino. La letra, aunque sea episcopal, con sangre entra y con sangre están regadas las páginas del Evangelio y las páginas más gloriosas de la historia de la Iglesia; pero bueno hubiera sido que el señor obispo, antes de la efectiva persuasión de los fusiles, hubiera empleado algo de persuasión pastoral, hasta convencer á sus borregos de la necesaria obra. No es de creer, por muy duros de mollera que fuesen, capaces de resistir sobre ellas todo el peso del baldaquino; ni por muy recelosos, como buenos aldeanos gallegos, de que alguien tratara de lucrarse, como tantas veces en casos semejantes; á poco que el Espíritu Santo hubiera inspirado á su

Ilustrísima, y mostrándoles además con razones la verdad del peligro, hubieran desatendido á su buen pastor, obligándole á valerse del brazo secular, como en los mejores tiempos del feudalismo episcopal; aquellos buenos tiempos, más recordados en Galicia que en región alguna, por la dramática leyenda del obispo D. Suero.

Por algo el obispo de Jaca quiere, ante todo, contar con sus buenos órganos en la prensa; así, en casos semejantes podrá llevar la palabra persuasiva á sus feligreses, sin necesidad de convencerlos á tiro limpio. Quizás con un buen periódico se hubiera evitado el sangriento conflicto y muy desacertados están cuantos censuran al señor obispo de Jaca por su propaganda. Compárese un procedimiento con otro. Siempre será mejor poner periódicos que fusiles á disposición de los señores obispos.

* * *

¡Valiente mico! ó mejor ¡valiente «lapin»! como allá se dice, le ha colocado á su dulce amiga la República francesa, su aliado el Imperio ruso. ¡Para que veas Marianita con quien te gastas los cuartos! Por esta vez tu soberano amigo

se ha mostrado digno de la «casquette á trois ponts», distintivo clásico del «souteneur» parisiense.

Después de haber sido su «marmita» apresurándote á cubrirle sus empréstitos, en la primera ocasión que se le presenta de corresponder, al muy cosaco, sale con que se niega á pagarte derechos de traducción y representación por tus obras, fundado en que la pobreza de su país no le permite esos lujos; aunque le permite el de sostener á sus grandes duques; algo más pródigos en pagar, sin traducir, á las grandes «cottes» que á los grandes escritores franceses. Estos, aparentan no darse por sentidos; altas razones patrióticas les obligan á ello, pero otras les queda dentro y la alianza franco-rusa, ya muy resquebrajada, quedará con esto para el divorcio; tema preferente de los escritores franceses.

El pueblo francés, tan amante de sus artistas, no tolera desdenes ni ofensas para los gloriosos representantes de su intelectualidad.

En cambio no sabrán agradecerarnos á nosotros, aunque no les debemos las atenciones ni el dinero que los rusos; á más de los derechos de traducción y de representación, nunca esca-

timamos, la oficial oficiosidad de no molestarles en lo más mínimo con el recuerdo del Dos de Mayo; cuya conmemoración, según rumores, quedará suprimida este año.

No hay bien ni mal que cien años dure, y este recuerdo, que cumplió los cien años en el pasado, no era justo que durase uno más en memoria tan olvidadiza como la española.

En vez de estas fiestas nacionales, podemos ir celebrando por regiones, por pueblecitos y hasta por barrios, una porción de fiestas conmemorativas de nuestras guerras civiles, pronunciamientos y motines. Así, todo quedará en casa sin molestia para los de fuera. Cada uno lo suyo, y á lo suyo. Por eso, ya que el Dos de Mayo no se celebre como fiesta nacional, en recuerdo de una gloriosa guerra por la Independencia española, ¿no será permitido á los madrileños celebrarla, siquiera como recuerdo de un motín madrileño, un modesto motincito sin importancia? Siquiera en el barrio de Maravillas, con mucha modestia, no vayan á molestarse en Francia y paguemos nosotros el enfado que no se han atrevido á mostrar á Rusia.

* * *

El honor de las mujeres hemos convenido desde muy antiguo, en localizarlo. Por fortuna para ellas y aun para nosotros, la bondad no es lo mismo que el honor y no tiene tan frágil asiento. El honor de los hombres... ya anda más repartido; por la inteligencia, por el corazón, por los brazos, por los bolsillos; por regiones materiales y espirituales. Por lo mismo es más opinable y por lo mismo no debe opinarse de él con tan ligera facilidad como ha dado en opinarse ahora, de un modo definitivo é inapelable, por medio de los llamados tribunales de honor. Bastaba con los tribunales de justicia, sólo llamados á juzgar de los hechos, único juicio que en lo humano, puede presumir de acercarse á la verdadera justicia. ¡Juzgar del honor! ¿Quién sabe de eso? ¿Quién sabe en dónde está nuestro deber más cercano, más imperativo?

Aceptaré todavía los tribunales de honor y sus juicios, en cuerpos que por tener sus deberes bien definidos, al cumplimiento de ellos han de ajustar sus resoluciones. Pero en un círculo de sociedad, de recreo, fuera de las incorrecciones cometidas en él, ¿en nombre de qué justicia va á juzgarse?

No han tenido confirmación determinaciones

apuntadas con maliciosa intención, y la verdadera justicia y el buen gusto deben celebrarlo. El honor no se gana en un día, para que en un día pueda perderse. Quien en una hora puede dejar de ser honrado es que no lo fué nunca. Todos los que somos amigos del Sr. Macías sabemos que no es este su caso. Podríamos dudar de sus razones, hasta de su razón, nunca de su honradez.



X

¡Oh, el «sport» de París! En una revista representada en «Folies-Bergere»—el que no haya visto una de estas revistas no tiene idea del ingenio parisiense; es para elevar un monumento al peor de nuestros currinches,—se ha introducido una escena: «El presidente Castro en París», y ¿qué dirán ustedes que se les ha ocurrido? Hacerla representar por Cónsul Peter; un chimpancé inteligentísimo; superior, seguramente, en inteligencia al autor de la escena, al público que la ríe y al que sin reirse la tolera.

No es ocasión de juzgar la figura política del presidente Castro, y mucho menos su figura particular; pero, habría de ser muy despreciable y siempre merecería siquiera por ciudadano de un noble país, algo más de consideración que la simiesca caricatura. No será por tirano por lo que merezca de los franceses un desprecio que no han merecido de ellos el zar de Rusia ni el sultán de Turquía. Ni por especulador de mal

género, suponiendo que lo hubiera sido; cuando ellos están á partir un piñón con el buen Leopoldo de Bélgica y del Congo. ¿Qué espíritu de moral justiciera es ese, tan severo con un presidente caído, como tolerante con majestades encumbradas? Es que los franceses le hubieran perdonado todo al presidente Castro; lo que no pueden perdonarle es la oposición á dejar explotar su país por los especuladores franceses.

Aprendan, aprendan los buenos americanos, lo que significan para esa Francia y su París, á que ellos adoran y á donde ellos acuden inocentes á copiar todos los figurines materiales y espirituales. París que inventó por ellos y para ellos las palabras «rastaquere» y «rastaquerisme»; París, que los arruina y se ríe de ellos.

Por si la escena del mono, por ser en tal lugar y de tal arte, no mereciera tomarse en cuenta como síntoma característico, ahí está flamante y literaria la obra de Abel Hermant: «Trenes de lujo»; en donde los americanos hacen también un papel ridículo. ¡Y tan contentos! ¿Qué dirían si en España, donde siempre se les ha tratado con respeto, los escritores nos permitiéramos esas desconsideraciones? Pero en París... ¡Ah, en París! ¡Son tan ingeniosos, tan espiri-

tuales! En cualquier parte un chimpancé sería un chimpancé; pero allí no; es el presidente de una nación americana; es todo un símbolo... ¡Ni los de Ibsen!

* * *

La masa neutra ha demostrado en su primera presentación y á pesar de la falta de ensayos, que no es tan neutra como algunos creían. ¡Gran error pensar que los que no están con nadie no están en contra de uno!

No ha sido el despertar de ningún león, seguramente, el pacífico salir de sus casillas, aunque no del encasillado—todo se andará,—de los retraídos electores. Pero vamos, como despertar de gato doméstico, que duerme sosegado y vienen á molestarle, no ha estado mal el primer arañazo.

Algunos disgustos está llamada á dar esta masa neutra, que una vez despierta, ha de avisparse más cada día. Malo para los gobernantes si lo toman en serio, y peor si lo toman á broma y las elecciones se convierten en «sport» á la moda. Por lo pronto, en estas elecciones, las señoras se han movido como nunca... ¡No sean ustedes maliciosos! Muy pronto habrá tés elec-

torales y «soirees» de señoras comprometidas. En las reuniones cursis se jugará á sacar diputados, como antes á la lotería y á los estrechos. El clásico pucherazo, reservado para interventores traviosos y secretarios de Ayuntamiento marrulleros, correrá ahora á cargo de femeninas manos: más propias para manejar pucheros. Con el voto obligatorio, la intervención electoral de las mujeres será decisiva. Con cada varón votarán su esposa, su novia, sus amigas. Será el voto neutro. Pero la masa será lo menos neutra posible. Nada de medias tintas. Las mujeres son extremosas en todo; con Dios ó con el diablo. Por eso, con la intervención de la masa neutra en las votaciones, los que deben decidirse pronto por uno de estos extremos, son los partidos neutros. Hay que decidirse; el país ya se ha visto que esta decidido.

* * *

D. Enrique Vargas, en la redondez del mundo; Minuto, en la redondez de las plazas, publica un reglamento de apuestas, con aplicación á las corridas de toros, que vendrían á competir de esta suerte con los frontones, hipódromos,

casinos veraniegos y círculos aristocráticos. Los verdaderos aficionados pondrán el grito en el cielo, al saber cómo intenta desnaturalizarse nuestro castizo espectáculo; el más típico ejemplar de arte por el arte mismo; estética pura.

Mal síntoma es, en verdad, que ya sea preciso aderezar el filete, como si lo sangrante no le bastara, con esta salsilla picante. Y peor síntoma que haya sido un lidiador el primero que lo proponga; porque indica cierta desconfianza en los propios recursos para amenizar la fiesta.

No es decir que ya no se haya puesto en práctica lo que ahora se pretende. Recuerdo haber jugado varias «poules» en corridas de toros, en que había de ganar el agraciado con el toro que más caballos destripase. Recuerdo también, que para mayor aliciente, jugábamos alguna vez una «poule» ilustrada, en las que un picador cogido valía por un caballo, un banderillero por dos y un matador por cuatro. La equivalencia, como puede juzgarse, era por sueldos. Esta última combinación en las apuestas hubo de suprimirse á ruegos de una distinguida señora, abonada á delantera de grada; porque, según nos dijo aquello le parecía una barbaridad, porque cuando el toro que se juga-

ba no había matado ningún caballo, no podía uno evitar el mal pensamiento de desear que cogiera á alguien, aunque no fuera más que un rasguñito, claro está... Todos los jugadores convinimos en que, efectivamente, se sentía uno bárbaro, y suprimimos la «poule» ilustrada. Nos sentíamos compasivos y era de ver cómo, en nuestro toro increpábamos á los monos sabios porque no daban la puntilla en el acto á los pobres caballos heridos... ¡Era una crueldad verlos padecer! El corazón humano guarda tesoros de bondad incalculables; todo está en saber llegar á su fibra sensible.



XI

Por mi parte, no sé cómo corresponder á la atención del nuevo jefe superior de policía. Su reciente circular, encaminada á la represión de la blasfemia, trae, á modo de brindis, ofrecimiento ó envío, como en balada antigua ó modernista—los extremos se tocan,—los nombres de D. Mariano de Cavia, el mayor maestro, y el de este su menor discípulo. Y ya quisiéramos ¡pardiez! á tan poca costa, ser siempre atendidos en empresas de mayor empeño; porque, en verdad, si no da muy buena idea de la cultura de un pueblo, ese verdadero derroche de torpes vocablos y groseras frases y, repetidas veces, en cuanto al teatro se refiere, he censurado el abuso de chulerías; de eso á pedir la intervención de la autoridad, hay un abismo; temible siempre, como lo es toda intervención de la autoridad en España.

La grosería en el lenguaje, es sólo síntoma de la grosería espiritual, que podrá taparse,

pero no desaparecer con cataplasmas y parchecitos. Buenos reconstituyentes y depurativos á cargo de padres, maestros y educadores, han de ser más eficaces y procedentes.

Entre tanto, sería de lamentar para nosotros, de reir para todos, que, los mal supuestos inspiradores de la circular, fuéramos los primeros en caer bajo su peso. ¿Quién puede responder de su pícara lengua en cualquier momento? Y que, hay días, la verdad, en que sin dos ó tres palabrotas bien colocadas, reventaría uno. Los fisiólogos saben que esto de blasfemar y palabrotar, no tiene muchas veces más importancia que la de cualquier otra necesidad fisiológica: una expansión de los nervios, un escape de energías en palabras rimbombantes que acaso no tienen más valor que el puramente onomatopéyico.

Sabido es el cuento de aquel marinero que, desde la punta del palo mayor, sintió escurrírsele pies y manos, y al prorrumpir en horrible blasfemia, con desesperada contracción, logró asirse á una escala, casi en el aire y salvó su vida. El cura del barco, espectador y oyente de todo, le reprendió después muy severo: ¡Desdichado! ¡En tan horrible peligro y no encontrar

otras palabras que esa infernal blasfemia! ¿No pensaste que Dios pudo haberte castigado? Ya puedes darle gracias.

—Sí, padre; tiene usted razón... Fué una barbaridad lo que dije; pero, mire usted, padre, como en vez de decir eso, me hubiera entretenido en decir: ¡Jesús mío, Virgencita mía, salvádmel... Entonces es cuando no agarro la cuerda y me descrismo...

* * *

Otra aplicación del sistema tan nacional, de preocuparse por lo sintomático, es lo de andar pensando en festejos para remediar la llamada crisis del comercio madrileño. ¡Pobre ciudad y pobre comercio los que no cuenten para atraer viajeros y compradores con otros recursos que unos malos festejos de feria.

La gente sabe ya lo bastante, para haber aprendido que, justamente en días de fiestas y jolgorios, es cuando se hace más insoportable la estancia en cualquier parte. Esos señores comerciantes y fondistas, tan interesados ahora en el atractivo de las fiestas, son después los primeros en contribuir á que los pobres foras-

teros salgan de Madrid como gatos escaldados. No hay en Madrid un solo hotel en justa proporción de sus precios con sus comodidades. Hoteles que, en cualquier capital del mundo, se considerarían como de tercer orden, tienen aquí pretensiones como de primero. Del estado de calles, paseos, coches de alquiler, servicio de tranvía, de la novedad y buen gusto en los espectáculos públicos; de todo, en fin, lo que contribuye de un modo permanente á la atracción de viajeros en otras capitales, no hay para qué hablar, porque ya es milagroso, en estas condiciones, que Madrid no se despueble á toda prisa para pensar en que vengan los de fuera á gozar de sus encantos.

Antes de pensar en fiestas, pensemos en barrer y en fregar la casa. Ya que no vengan los de fuera, que estemos más á gusto los de dentro.

Y cuando se piense en fiestas, sea en verdaderas fiestas de arte. Bayreuth, ahora Munich, llaman gentes de todo el mundo, con sus ciclos wagnerianos; Dresde con su teatro de arte; Strafford-sur Avon con sus representaciones de obras de Shakespeare. Contamos nosotros con un teatro clásico que es admiración de los ex-

tranjeros; representaciones artísticas de sus obras más famosas atraerían, seguramente, á muchos de sus admiradores, franceses, ingleses, alemanes particularmente. Exposiciones arqueológicas, música y bailes nacionales; cabalgatas históricas, en que no se desdeñaran de tomar parte activa, como en otros países se acostumbra, sin el ridículo temor al ridículo, nuestros aristócratas y nuestros artistas. Mucho puede hacerse con buena voluntad y verdadero patriotismo, del grande; el que consiste en hacer cada uno lo suyo, en vez de irle pidiendo al vecino que haga por nosotros.



XII

El piropo supone amabilidad y galantería; cuando era verdadero piropo no era lo peor que las mujeres podían oír al pasar por las calles. Con prohibirlo, ¿dejarán de oír groserías? El respeto á la calle que, por ser tan de todos, es donde menos debemos ser cada cual como somos, es la señal más evidente de la cultura de un pueblo. Y aquí ¡cielo santo! por la calle se habla á gritos de religión y de política, y de mujeres y de hombres; por la calle le espetan á uno en su cara lo mismo la admiración que el desprecio; que el comentario á la figura que el juicio crítico del atavío, modesto ó llamativo; en la calle le para á uno cualquiera, al sol ó la lluvia, sin conocernos más que de vista, y de plantón, nos refiere su lastimosa historia ó nos anuncia la lectura de una comedia; en la calle nos interpela el amigo francote, de acera á acera, sobre los asuntos más reservados:—Ya hablé con ese hombre... Dice que te llevará al

Juzgado... Ya nos veremos... Otras veces, desde la plataforma de un tranvía, otro campechano, pero algo más discreto, nos grita, cuando vamos sentados en el interior, entre otros viajeros:—¿Cómo va? ¿Se le arregló á usted aquello?... ¡Aquello! que abre amplios horizontes á la imaginación, y lo mismo puede ser un pleito, que un disgusto de familia, que un órgano importante... ¿Habrá ordenanzas de policía capaces de evitar estas y otras mil impertinencias callejeras, que no son piropos, ni blasfemias, ni vendedores ambulantes?

* * *

Acabo de leer el nuevo libro de poesías de Fernández Shaw: «La vida loca». Yo diría del libro y del poeta... Pero no; seamos discretos. El propio autor nos ha dado una provechosa, y quiero demostrar que aprovechada, lección de tacto y de mesura en esto de opinar sobre autores contemporáneos. Preguntándole un crítico su opinión sobre el teatro moderno, el señor Fernández Shaw no quiso en modo alguno soltar prenda, se limitó á sonreír. ¡Oh, la sonrisa, qué discreta opinión! Y á decir: No me

pregunte usted. De los autores del siglo XIX, admiro á Tamayo y á Ayala.—Sí que es un gusto; teniendo á Zorrilla y á García Gutiérrez, más propios para ser admirados por un poeta. Pero el Sr. Fernández Shaw respondió muy juiciosamente. «No se debe opinar en público sobre autores vivos; otra cosa es en dedicatorias particulares. Preferir á unos es molestar á los otros; celebrar á todos por igual, es demasiado; decir francamente que todos son malos, es contradecir las dedicatorias... Nada, nada; lo más discreto es sonreír y remontarse á los muertos». Prudentísima actitud que yo tengo ahora muy en cuenta y, aunque sabe Dios, que sólo flores pensaba decir del nuevo libro, me limitaré á sonreír y á decirles á ustedes: Admiro á Góngora y á Garcilaso. Ni con los del siglo XVIII ni con los del siglo XIX quiero compromisos.

* * *

Los buenos propósitos duran poco. Leo otro libro: «Tardes del Sanatorio», de Silvio Koss-tti, y sin saber quién sea el autor, ni tener de él otra noticia que su libro y nombre—suponiendo que sea el verdadero y no un pseudóni-

mo, como parece,—me atrevo á opinar y á proclamarlo como libro de muy agradable y sabrosa lectura; libro que sabe á vida, entre tantos que sólo saben á libros. Libro de humor y de donaires, á la manera de aquel D. Francisco de Torres y Villarroel, original excéntrico de nuestra literatura, tan poco estudiado todavía y tan digno de serlo.

* * *

Un nuevo nombre viene, sacado á luz por minuciosa crítica literaria, á disputar una vez más á Shakespeare la paternidad de sus obras. Antes fué el de Bacon; después el del conde de Pembroke; ahora es el de Rutland... Crítica sabia, crítica erudita, que no puede resignarse á juzgar obras tan admirables, como obra de un comediante vulgar; de un hombre que no podía ser literato... Pero ¿hay literatura en las obras de Shakespeare? ¿Literatura personal, literatura que no sea la de todos los predecesores y contemporáneos suyos en el teatro inglés? ¿Hay en la técnica, en los asuntos, en la composición de sus obras algo que no esté en los demás autores de su tiempo? ¿Qué hay sobre todo esto en las obras de Shakespeare, para que á todas sean su-

periores? ¿Es literatura? No. Es saber de la vida, del bien y del mal de ella, de los palacios y de los tugurios, de los reyes y de los rufianes... Y para esto, ¿quién mejor que el humilde comediante? Shakespeare, literato, hubiera sido solo el autor de «Venus y Adonis»; como Cervantes lo hubiera sido solo de «La Galatea» ó del «Persiles». Shakespeare, como Cervantes, fueron ellos... por ser ellos; los que de todo sufrieron y por todo pasaron... ¡Pasaron! Esa es la grandeza de los espíritus superiores; pasar por todo. Los pequeños son los que no pasan; se quedan en cualquier parte: en la literatura, por ejemplo: Como esos críticos, empeñados en encontrar al literato en las obras de Shakespeare; sin saber encontrar al hombre; el que reveló todo el secreto de su alma y de su arte en aquel: «And Y ¡Poor monster!» «Y yo ¡Pobre monstruo!» de su «Noche de Reyes».

